

# Rafael Flores o la devoción del aliento

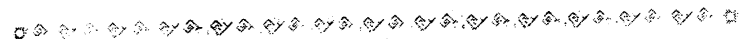
Quien tiene la ocasión de conocer a Rafael Flores, ya sea a través de su voz narrativa como por la ingente labor desarrollada sobre el tango, sabe que el uso de múltiples registros no es fruto de una disociación de personalidades. Por el contrario, es un único carácter el que aglutina las miradas; un yo esencial que brota al paso de la creación, cualesquiera sean sus manifestaciones. Hoy nos acerca *El oro de la vida*, un libro íntimo y al mismo tiempo compartido; si se quiere secreto, pero definitivamente opuesto a cualquier inhibición artística o vital.

Acaso en consonancia generacional, el poeta camina con la esperanza como báculo. Pero su ropaje no es bandera. El destino es una imaginación distinta de la redención; aquí aparece como un espacio propio, construido en el ensanche de la memoria alrededor de dioses sátiros y sueños de maz-

© de la presente edición, Narvaja Editor  
Calle 2 bis Los Cigarrales «A», Unquillo, Córdoba, Argentina.

Diseño: Alexis Urusoff

Ilustración de Tapa: Imagen en el billete de 10.- dólares australianos.



morra siguiendo el latido lírico que alternativamente tensa y contrae el vínculo con el objeto poético. La fertilidad de este flujo fundamenta el descubrimiento, que en *El oro de la vida* es rigor: revela, al tiempo que sostiene el entramado desde el que surge su riqueza.

En este libro encontramos una ecuación estilística que presenta con claridad las condiciones de metáfora biológica a las que refiere Roland Barthes. Para el lingüista francés, "el estilo funciona al modo de una Necesidad, (...) salida de un infralenguaje que se elabora en el límite de la carne y del mundo". Aplicada a *El oro de la vida*, se aprecia de qué manera esta fundición "de orden germinativo" simboliza el viaje, que al contacto con el elemento histórico duplica su proyección mitológica. Es, por una parte, un peregrinaje por las distintas estaciones biográficas de este poeta, quien detiene su andar para restaurar pérdidas e inventariar extrañamientos. Al mismo tiempo, se asiste a un recorrido por el interior de la memoria siempre rumorosa, un trayecto éste que reubica la nostalgia como un elemento genuino con el que superar el antagonismo entre anclaje y levedad. La conciencia del yo íntimo, por tanto, abre la puerta a la temporalidad, que en el caso del poeta está conformada por una materia única: la escisión en el otro, hermanado e inasible.

Si Octavio Paz establece la estatura moral del poeta por su conducta frente al lenguaje, la de Rafael Flores, además de rezumar honestidad, se define con nitidez, en cuanto no precisa retorcer una imagen para hacernos llegar la cadencia poética de un anhelo. Esta sencillez, capaz de "volver la cara / hacia la copa de un árbol", no se esconde ante la certeza de una sensibilidad cambiante, cuya adjetivación no duda en ponerse al servicio del decir; que también es callar ya que,



cuando la insinuación afila su sentido, el silencio, la pausa, el espacio en blanco, marcan la pauta y traducen. Esta condición, que es afán de claridad y no abaratamiento verbal, actúa también a modo de escudo contra el barroquismo hueco, contra el temor de que los artificios acaben coronándose arquetipos. Y, ¿por qué no?, contra la verborrea de aquéllos que, al decir del poeta Enrique Molina, "pastan idílicamente por los suplementos dominicales".

Pese a la rigurosa presencia del destierro, Rafael Flores consigue conjugar todas sus nacionalidades —literarias y geográficas, las del poeta y las del paseante—, en una única voz que recoge buena parte de la tradición homérica. En ella, imprime el ocio vivo de su mirada sobre un paisaje no virgen, horadado anteriormente por trabajosas matanzas que, sin embargo, estrena cualidades tras el paso de la palabra. Este caminar se presenta necesariamente parsimonioso, ya que a la velocidad adulterada de estos nuevos tiempos de ayer contrapone su derecho a la evocación y a la perplejidad. Como ocurre ante el sevillano "sol de camisa blanca", que nos lleva en volandas hasta aquella semana santa que su querido Oliverio Gironde retratará a principios de los años veinte, en la que "los santos realizaban el milagro de que los balcones no se caigan"; o como ante la España parturienta de furias y conquistas, asesinada por sus hijos, que así completan su identidad.

Hay también otros escenarios evocados desde una perspectiva menos historicista, en los que la emotividad hace frente a ilusorias herencias, nacidas del "miedo a enfriarse / en la palidez última..." Estos paisajes de Otumba, según terminología bibliográfica de Rafael Flores, renuevan su condición



de vergeles memorísticos, donde lo arrebatado resiste entroncado con el sueño, conformando una nueva frontera de fluidez. Allí, en la aduana del espejismo, el yo agiganta su dimensión infinitesimal, casi incorpórea, para sumarse al paso de la ausencia y disolverse luego entre la rudeza del recuerdo y el femenino e intransferible porvenir. Para que "mañana quieran recordarnos / los que seguirán", un llamamiento que el poeta transfiere a aquellos "compañeros restados antes que nosotros", sugiriendo así una línea sucesoria y un vínculo especular difíciles de eludir. Una circularidad que se clausura con la figura de los dioses aztecas, cuya inhibición ante el poder blanco arrincona al poeta en el borde de un exabrupto a la vez joven y secular, que devuelve incontables duplicidades.

El oro de la vida, pues, nos trae la oportunidad de acercarnos a un nutrido compendio de inquietudes vitales y poéticas, un conjunto exquisito de fidelidades fruto de una fe literaria que promete fertilidades infinitas. Si en Borges "somos nuestra memoria / somos ese quimérico museo de formas inconstantes", la devoción infatigable de Rafael Flores por los santuarios que insisten añade un aliento áureo que barniza con maestría la médula del hallazgo.

Alejandro Feijóo

